

Calcutta, Kalighat, Rabindranath Tagore y Shantiniketan



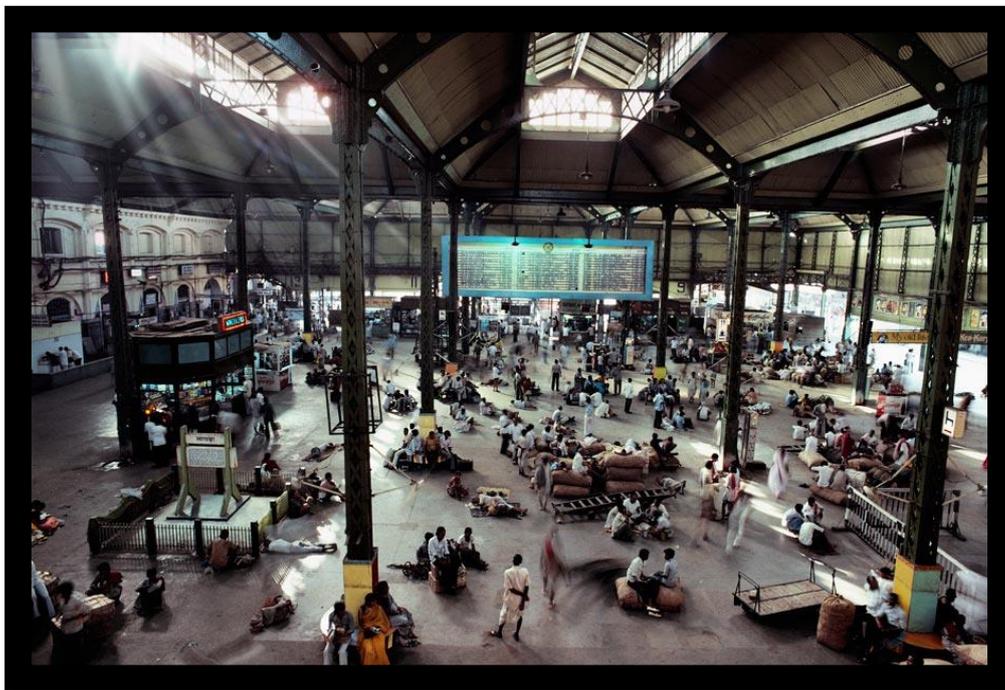
Pedo Martín González

Kenshinkan dôjô 2017

Howrah, estación de trenes de Calcutta. Recién llegado. Miles de miradas perdidas, suelos poblados de humanidad, alegrías infantiles seguidas de una infinita tristeza.

La estación de Howrah, punto de encuentro de los viajeros que llegan a Calcutta por tren, es un conglomerado de veintisiete plataformas en las que viven, deambulan, trabajan, ríen y mueren miles de personas.

Enclavada en uno de los barrios más marginales de la metrópoli, Howrah es un verdadero crisol de la sociedad hindú, un escaparate de la auténtica realidad de la ciudad, un paradigma que cuestiona eso que se ha dado en llamar "*aldea global*", un estandarte de la marginalidad y la dureza de la propia vida en este rincón de la vieja India.



Estación de trenes de Howrah, Calcutta.

Calcutta, la "*Ciudad de la Alegría*", lo es también de la muerte misma. En Calcutta – Kolkatta, en bengalí- conviven cerca de doce millones de personas, muchas procedentes de los Estados próximos de Bihar, Orissa o Assam.

Dominique Lapierre, en su *best seller*, sorprendió y sensibilizó al mundo sobre la problemática de esta ciudad única. En su magnífica obra da vida a unos personajes humildes quienes, llegados en busca de una nueva oportunidad para sus propias vidas, se enfrentan al terrible drama de una urbe de especiales características: climatología extremadamente adversa, prolongados y tórridos veranos, aguaceros monzónicos que inundan las calles en cualquier momento del día o de la noche, superpoblación que desestabiliza el normal funcionamiento de una comunidad, insalubridad sin par, tráfico denso y ruidoso, contaminación ambiental y desempleo.

Pero, al mismo tiempo: ciudad cosmopolita, puerta abierta del Subcontinente hacia el extremo más oriental de Asia, mezcla de culturas y etnias que enriquecen la vida misma, punto de encuentro de religiones y credos múltiples que han engrandecido las mentes de sus más ilustres pensadores, cuna de sabios y místicos, como Tagore, Aurobindo o Ramakrisna, piedra angular de una monumental obra de amor a la vida y al ser humano que edificara la madre Teresa, núcleo mayor de universidades con capacidades intelectuales y tecnológicas rayando al máximo nivel mundial en distintos campos de la ciencia, como la física teórica o la informática, centro de acción y reacción de personas comprometidas que, procedentes de cualquier parte del mundo, entregan a diario alma, vida y corazón en pro de unas mejoras sociales, de una calidad humana que a veces raya en la indignidad, de una educación acorde con los tiempos, de un nuevo concepto de vida en el que tengan cabida los valores y bienes conquistados por el ser humano en otras latitudes del globo.

Calcutta no descansa. Se mueve entre estos dos mundos, entre estos dos extremos, entre estas dos concepciones de la existencia mundana, entre estos dos estados posibles de vida y muerte, entre el conocimiento y la incultura, entre una profunda espiritualidad y un feroz materialismo. Es este un mundo dual, tremendamente esquizofrénico, donde la alegría se roza a diario con la más absoluta tristeza humana.



Calcutta

El ritmo de la vida es trepidante en Calcutta, el tráfico lo es aún más, el ruido acompaña a la ciudad desde el alba hasta el ocaso. En este *mare magnum* de sensaciones, a las que se abren todos los sentidos, el viajero se deja impresionar por la increíble adaptación al medio de la que hacen gala los habitantes de esta ciudad: duermen en las calles, trabajan bajo un sol plomizo, mantienen sus mentes ágiles y despiertas a pesar de la dureza del clima.

Tremendamente inteligentes, despiertos, vitalistas, alegres y extrovertidos, los jóvenes estudiantes, uniformados y conjuntados a la perfección, son un baluarte, una nueva tentativa, un sueño imposible de redimir a esta ciudad de sus tremendos problemas.

La educación es el principal escollo, no sólo de Calcutta, sino de toda la India. Millones de personas continúan sujetas a unas ideas religiosas, sociales, culturales ancestrales; unas formas que precipitan la salida de los jóvenes de las escuelas primarias e institutos de secundaria para poder así, con la aportación de su fácil mano de obra, hacer frente a unas caóticas situaciones económicas generadas por los bajos salarios y las precarias pensiones.

Este problema económico genera un índice de natalidad muy elevado y de él se deriva el continuo abandono de los estudios básicos y la poca accesibilidad y finalización de los estudios universitarios del alumnado. De este problema de fondo devienen todos los demás, así: el sanitario, el factor ambiental, las diferenciaciones sociales, etcétera.

El viajero sensible descubre en Calcutta la doble realidad de la sociedad india. La capacidad innata de sus habitantes, un instinto inteligente y abierto que genera la vitalidad más exacerbada, y el juego diario con la muerte adivinándose en cualquier rincón de la ciudad en forma de mendigos, moribundos o, niños sin hogar.

En este mundo único que se configura aquí existe un ejemplo mismo de tenacidad y dedicación a los demás. Este lo forman las ONG, las iniciativas particulares promovidas por indios u occidentales, los hogares de la congregación de las hermanas de la caridad de la madre Teresa, los proyectos gubernamentales, los anónimos que están dando sus vidas por unas causas justas y todos los estamentos y asociaciones que limitan día a día el avance de la pobreza, la marginación y las desigualdades en Calcutta.

Es esta una ciudad difícil dentro de un país difícil. Al igual que en el resto de la India, el viajero se siente alumno desde un principio, un estudiante en el aprendizaje de lo esencial, un discípulo de la verdadera naturaleza y sentido de la vida que una ciudad como Calcutta le ha ayudado a comprender y a respetar.

Uno de esos espacios de aprendizaje real, al que aludo, es Kalighat, uno de los centros más emblemáticos de la congregación de las hermanas de la madre Teresa de Calcutta.

Kalighat se abrió en mil novecientos cincuenta y dos y está destinado, fundamentalmente, a enfermos terminales. Fue a partir de este lugar, el primero que fundara la madre Teresa, que la obra de su congregación comenzaría a extenderse por toda la Ciudad de Calcutta y, posteriormente, por toda la India.

Situado en un barrio populoso de la imposible ciudad de Calcutta, Kalighat se construyó para atender, siempre, a los más pobres entre los pobres. Ellos, los

pobres, vienen de todas partes. Algunos son traídos desde puntos distantes, como la estación de trenes de Howrah, donde, cada día, los voluntarios recorren las veintisiete plataformas -es la mayor de las estaciones de ferrocarril de toda la India- buscando entre los raíles aquellos indefensos que ya nada pueden hacer por su propia integridad y salud.

En otras ocasiones, son ellos mismos los que, en precarias condiciones físicas y psíquicas, se acercan a este “*punto de luz*”, para encontrar en otras manos lo más indispensable para sus propias vidas: la atención que a sus cuerpos y espíritus se les brinda en cada metro cuadrado de aquel centro, uno de los doce que existen en la ciudad.

El orden del día exige el cien por cien a todos los que trabajan aquí: hermanas de la caridad de la orden de la madre Teresa de Calcutta, silenciosos seglares, gentes del pueblo, voluntarios venidos de todos los rincones del planeta, apátridas sin destino conocido, intelectuales agnósticos, cristianos devotos, judíos inconformistas, hinduistas convencidos, profesos de la fe budista; todos dispuestos para librar su particular batalla con el miedo, con la visión decadente de una humanidad moribunda, con la enfermedad y su contagio, con la cambiante visión de sus propias existencias transmutándose cada segundo que allí permanecen al ser testigos directos del tránsito de esta vida.

Andy no pierde un sólo minuto para rendir homenaje a la memoria de algún enfermo recientemente fallecido. Kalighat es el centro mismo de la vida. La jornada exige a cada uno rescatar el amor que lleva dentro, entregarlo sin reservas, trabajar con desprendimiento, dedicación y exclusividad con todo aquel que necesite atención, pudiendo ser reclamado para servir un plato de arroz hervido, transportar enfermos para el baño matinal, dar una simple palabra de afecto o simplemente para estar cerca, acompañando a los que se marchan, silenciosos, de este mundo. Aquí, se viene a dar vida en forma de amor, aunque la muerte, triunfante en muchas ocasiones, aparezca, llevándose consigo a hombres y mujeres, llamados: Singh, Yogansha, Tupten, Rajnesh, etc.

Andy no descansa. Su apuesta lo es de por vida. Ha dejado atrás un mundo nuevo, un futuro más que prometedor, unas perspectivas del todo atractivas en lo profesional y, también, en lo personal. Es, siempre, el primero en llegar, y, también, el último en salir. Lava cuerpos deformes, da de comer a los que vomitan una y otra vez las papillas de arroz, limpia excrementos, cambia de ropa a los enfermos, sonrío y da energía a todos los que vienen detrás, arrimando el hombro, aprendiendo de su integridad.

A su lado, Kora, universitario, padre de familia, exiliado en esta ciudad por vocación, con el corazón puesto en Kalighat y la cabeza en la distante Benarés, donde viven los suyos. Imposible seguirle el rastro. Lleva más de diez años dejándose la piel entre estos muros. Aquí está el centro de su mundo. Una vez la madre Teresa se fijó en él, desde entonces todo, en su vida, cambió para siempre.

En las calles, Enrique. Quemó sus naves hace dos años. Cambió un mundo de lujo por cuatro paredes cubiertas de humedad. Una primera línea de playa, por una

ciudad abrasiva, un deportivo que rodaba por una playa de Marbella, por unas chanclas llenas de barro, y una vida sin sentido, por el encuentro con su propia vida y la felicidad de ser útil a los demás. Deambula por Calcutta, aparece y desaparece por la estación de Howrah, recorre los barrios en busca de los más débiles, los encuentra y los lleva a Kalighat; después, vuelve a las calles.

Coronando este espectro están las hermanas de la madre Teresa. La alegría les invade, la dedicación a los pobres es ley. Involucradas en su obra hasta el final. Dirigen a decenas de personas, enseñan a los novicios, distribuyen medicamentos, enferman de tuberculosis, reconstruyen la vida entre los pobres, admiten a todo tipo de almas que deseen aportar ayuda, inculcan la necesidad de encontrar un Kalighat, dentro de cada ser humano.



Kalighat

Kalighat nos enseña la necesidad de atravesar las cortinas de humo de este mundo material, entregar un resquicio del tiempo que nos sobra, pensar en el compromiso a que nos obliga nuestra propia ética aportando, no sólo aquellos aspectos materiales que, obviamente, son necesarios, sino, también, los espirituales: ese alimento que sólo el amor puede desprender entre los seres humanos.

A la vuelta de aquellos viajes a Calcutta comencé a pensar seriamente en animar a mis alumnos y alumnas de Budô a realizar una estancia en aquel lugar, para que

ellos mismos tuvieran la experiencia de trabajar con los más desfavorecidos, pues estaba convencido de que la experiencia podría ser una excelente oportunidad para que profundizaran en el sentido de sus vidas, agrandaran la visión que tenían de sus propias existencias y valoraran, con mayor fundamento, la enorme suerte que tenían por el solo hecho de haber nacido en este lado del mundo.

En efecto, creía que la valoración de todas las circunstancias que allí vivirían les daría una perspectiva real de esa Educación a la que tanto habíamos aludido en nuestras conversaciones, fortaleciendo con ello los valores que defendían en el transcurso de su cotidianidad y abriéndoles las puertas de la bondad y el desprendimiento.

Por mi parte hice mi pedagogía habitual: escribir acerca de mis viajes, compartir, con todos los que así lo deseaban, el contenido de mis experiencias y tratar de fraguar, en el desarrollo de mi trabajo con el Budô, los valores que se manifestaban tan fuertemente en aquel lugar.

Otra iniciativa se gestó en el seno de nuestro grupo de Katori Shintô ryû. Ideamos un plan que recogía de alguna manera el guante anterior. Pretendíamos sacar adelante un proyecto de cooperación que proponía formar aquí, en España, a un profesor originario de Calcutta, cargarlo de cuantos contenidos técnicos y educativos con base en el Budô tradicional pudiéramos aportarle, y ayudarle, finalmente, a establecerse de nuevo en aquella ciudad a la que pertenecía.

Esto, pensábamos, podría ser una punta de lanza para muchos de nuestros jóvenes alumnos y alumnas, sirviendo el hecho de puente para que todos ellos se comprometieran en mayor o en menor medida con el trabajo humanitario, asociando la práctica diaria de su Budô con la cooperación y la entrega a los más desfavorecidos. Sí. Estábamos convencidos de que los valores que defiende el Budô clásico podrían ser de utilidad en aquella ciudad tan necesitada de iniciativas que actuaran en positivo.

Ya en otros programas sociales en los que habíamos tomado parte se había puesto de manifiesto que ese trabajo podría sumarse a aquel otro que realizaban los distintos profesionales –psicólogos, médicos, maestros, terapeutas ocupacionales– para mejorar los resultados de quienes participaban: hombres y mujeres procedentes de todos los estamentos que habían tenido diferentes avatares negativos en sus vidas –drogas, delincuencia, abandono, aislamiento, alcohol, marginalidad– niños, jóvenes y adultos que formaban parte de determinados grupos de trabajo fomentados por instituciones de ámbito público, privado o asociadas a la Iglesia.

Fueron tres los programas en los que la práctica diaria del Karate tradicional, el Aikidô o el Kobujutsu, se dio la mano con la terapia ocupacional, la horticultura, la música, la psicología, los talleres, los recursos humanos o las matemáticas.

Por mi parte, continué con mis viajes a Calcutta, a pesar de ser una ciudad a la que había cogido un respeto que rallaba en el miedo. En efecto, fue así por haberme traído de aquellos periplos, además de mis experiencias: alguna hepatitis, la sarna y más de una afección estomacal que tardaría años en superar. En efecto, todas las

medidas a tomar eran pocas para seguir viajando a Calcutta, pero quería tener la oportunidad de enseñar allí Artes Marciales y ser partícipe, desde la humildad de mi pequeña aportación, de algo parecido a aquel proyecto inicial de cooperación que un día soñamos.

En el verano del año dos mil uno, durante el transcurso de un viaje de dos meses que me conduciría por toda Bengala Occidental, llevándome después a Sikkim, en el norte de India, paré unas semanas en Calcutta. Me esperaba una familia a quien no conocía de nada, pero que era íntima de uno de mis mejores amigos. Todos sus miembros eran personas instruidas, profesionales liberales, profesores de instituto y de universidad, abiertos a la cooperación y a la ayuda desinteresada.

Uno comprende la verdadera realidad de la vida que palpita en los países que visita cuando baja a la calle y camina junto a las personas que respiran el mismo aire. Y así fue de nuevo. Tanto el padre como la madre de aquella familia eran personas altamente entregadas, mantenían una escuela en su propia vivienda, daban clases de forma altruista a los niños y niñas del barrio y así lo habían hecho desde hacía muchos años.

Habían inculcado a sus propios hijos la necesidad de entregar parte de su tiempo a los demás y lo demostraban, con hechos. Para mí fue un privilegio ser partícipe de aquellas tardes junto al magisterio de la matriarca de la casa, ver cómo dirigía sus lecciones y cómo aleccionaba a sus alumnos a elegir el buen camino aportándoles, no sólo la aritmética o las ciencias, sino despertando sus corazones a la responsabilidad, al comportamiento recto y a la acción noble.

El hijo de esta señora, profesor de un instituto de la Ciudad, me invitó a hablar sobre Artes Marciales en su centro de trabajo y organizó un pequeño taller de introducción al Karate tradicional. Tendría que realizar una pequeña demostración y charlar con los alumnos. Eso era todo. Hicimos una clase en la que participaron chicos y chicas de distintos niveles, realizamos un coloquio en el que pude explicar someramente los principios de mi trabajo y nos despedimos.

Aunque aquel instituto no reunía las condiciones mínimas con las que podamos contar en nuestro mundo -laboratorios, gimnasio, talleres de tecnología- sí contaba con un elemento absolutamente ejemplar: sus alumnos y alumnas.

Nunca, ni antes ni después de aquella experiencia, he encontrado a chicos y chicas con tantas ganas de aprender, con tanto deseo de interactuar, con tanta inteligencia manifestándose en las palabras, en las miradas, en las acciones. No fueron pocos los que, abiertamente, se atrevieron a proponerme la idea de quedarme allí para enseñar Artes Marciales.

Tuve otra oportunidad de intercambiar mis ideas y opiniones con los alumnos y alumnas de otro instituto de Calcutta. No fue una tarea sencilla. En aquella otra ocasión el director del centro mantenía una línea divisoria en su alumnado. Existía un cierto tabú a que las chicas practicasen Karate y éstas se mantuvieron en un segundo plano, asistiendo como observadoras, pero sin intervenir en el desarrollo de la clase. Creo que el problema de la igualdad era, y continúa siendo, un escollo

para que la verdadera Educación llegue a todos por igual en países como India. La Artes Marciales tradicionales no hacen distinción de sexo y tanto hombres como mujeres, niños y niñas pueden ser partícipes de su práctica y beneficiarse de sus enseñanzas filosóficas.

Pasados unos días visité algunos grupos de Karate establecidos en centros privados. Las condiciones de trabajo en la que aquellos profesores realizaban su función docente continuaban siendo más que humildes. Practicaban sin uniforme alguno y cuando no era así los karategis que utilizaban los estudiantes eran siempre de confección propia. Las salas donde se desarrollaba la práctica no tenían ni las más mínimas condiciones de higiene. El ambiente estaba cargado de humedad y la luz era escasa. No obstante, la diligencia de todos aquellos pequeños estudiantes de Budô era desbordante, la demostración que me ofrecieron fue más que diligente y su entrega y energía, estaban fuera de dudas.

Calcutta fue cuna de algunos de los filósofos más notables que ha dado la India. Figuras como Rabindranath Tagore, Vivekananda o Ghose Aurobindo dieron impulso al nacionalismo indio en tiempos de la colonización británica y, aunque muchos de ellos se educaron en Inglaterra, volvieron a su país de nacimiento para luchar por el desarrollo de la educación y de la conciencia nacional.

El nacionalismo en el que creía Tagore estaba, no obstante, alejado de la violencia, algo que le apartó finalmente de los movimientos populares que seguían esos pasos pues sería allí, en la ciudad de Calcutta, donde se gestaría lo que terminaría contagiándose a toda la nación india y daría como resultado la Independencia de Inglaterra en 1947.

La primera vez que leí acerca de Rabindranath Tagore fue a raíz de mi acercamiento a la poesía de Juan Ramón Jiménez. La esposa del Nobel español, Zenobia Camprubí, había sido una de las primeras traductoras de los trabajos de Tagore al español. En efecto, Zenobia traduciría gran parte de la obra del Nobel indio: *La luna nueva*, *El rey del salón oscuro*, *Recuerdos*, *La hermana mayor* y otros cuentos, etcétera, siendo aquella la manera en la que un poeta indio irrumpiría por primera vez en el mundo literario español, haciéndose eco de ello muchos de nuestros más notorios escritores.

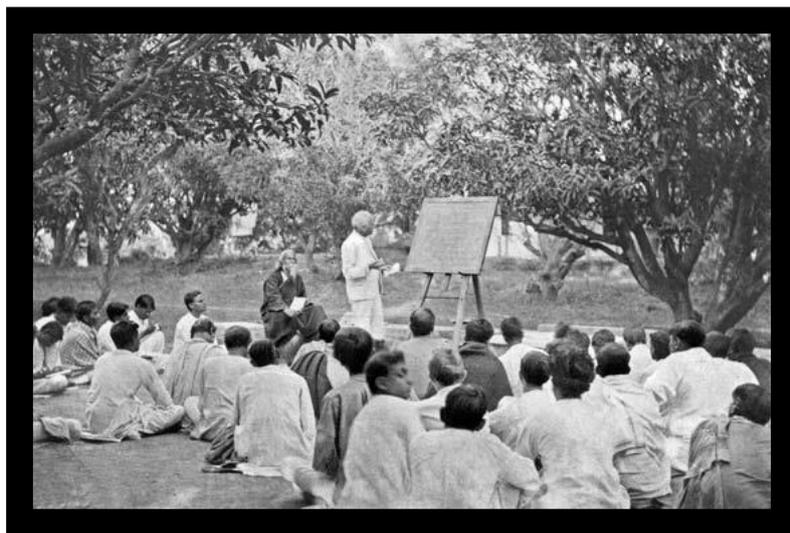
Rabindranath Tagore nació en Calcutta en 1861. Hijo, hermano y amigo de poetas, escritores, filósofos y músicos, tuvo una educación en consonancia con la holgada posición de su familia. Estudió durante un tiempo en Inglaterra y regresó a Calcutta con la firme intención de aprovechar lo mejor de ambas culturas.

Desde su regreso continuaría escribiendo poesía, ensayo y cuentos, a la vez que se ocupaba de la hacienda familiar en *Shelaidaha*. Sería a principios del siglo veinte cuando Rabindranath Tagore se embarcaría en el proyecto de una escuela experimental, que fundaría en 1901, a la que bautizaría con el nombre de *Santiniketan*. En 1913 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura, convirtiéndose en el primer escritor indio en alcanzar tal distinción.

Durante los años posteriores a la fundación de *Santiniketan*, Tagore viajaría por todo el mundo. Recorrería Europa y los Estados Unidos, el Sudeste asiático y Japón. Sabemos que, incluso, hubo un intento de visitar la Residencia de Estudiantes, en Madrid, para participar en un acto de presentación de su obra y tomar contacto con los escritores españoles del momento y que, finalmente, quedaría en un sueño incumplido.

Rabindranath Tagore mantuvo amistad con muchas personalidades del mundo académico y cultural, científico y político de su tiempo: Einstein, Victoria Ocampo, Thomas Mann, Bernard Shaw, Noguchi Yonejirô, Henri Bergson o Gandhi, entre otros muchos.

Desde mi primer viaje a Calcutta supe acerca de *Santiniketan*. Conocer el concepto educativo que allí se defendía me resultaba apasionante porque coincidía, sustancialmente, con otros proyectos educativos sobre los que había tenido oportunidad de leer: Jiddu Krishnamurti, Montessori o Steiner; y aquí, en España, con la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos, entre otras iniciativas.



Tagore en Santiniketan

En *Santiniketan* se enseñaba desde una perspectiva integral, reforzando la individualidad de sus alumnos y alumnas, impulsando la paz y la no violencia, defendiendo las actividades artísticas –música, pintura, teatro, artes marciales-, priorizando la vida espiritual –meditación, introspección, reflexión, acción noble, altruismo-, potenciando los contenidos ecológicos y medioambientales, no olvidándose de la filosofía o la política –unificación de criterios oriente y occidente, democracia, solidaridad, etcétera.

En aquella escuela se daba prioridad a la naturaleza. Para realizar las clases, siempre que las condiciones climáticas lo permitieran, los profesores reunían a sus estudiantes bajo los árboles, para trabajar junto a ellos en un contexto lo más cercano posible al medio natural. Los comités –de estudiantes y profesores- tenían una periodicidad y se autorregulaban. No existían los exámenes al uso; las pruebas

no eran supervisadas y cada alumno tenía libertad para realizar su test sin estar sometido al control de un profesor haciendo uso, solamente, de su responsabilidad. La disciplina era razonada y razonable y la imposición de los criterios no era una herramienta posible.

Al estilo de la Institución Libre de Enseñanza en España en *Santiniketan* también se realizaban visitas culturales y excursiones para socializar, conocer otros entornos, descubrir otros paisajes.



Santiniketan

En el transcurso de aquellas giras, se organizaban veladas y tertulias donde se exponían puntos de opinión y pareceres en los que los estudiantes tomaban parte activa y creativa, exponiendo sus trabajos, tocando instrumentos musicales, cantando canciones populares, contando cuentos o asistiendo a charlas sobre astronomía, filosofía o meditación dadas por los profesores.

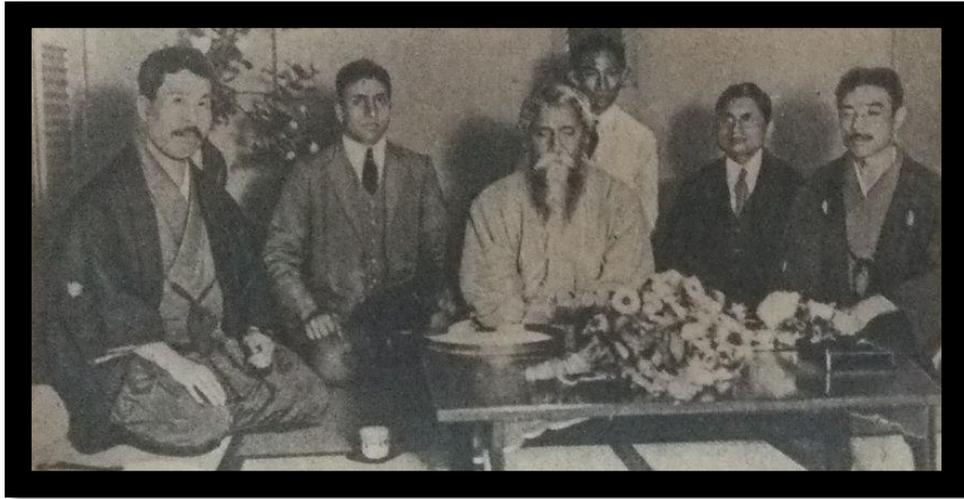
Tagore fue un gran admirador de Japón, un país que visitó por primera vez en 1916 y acerca del cual escribiría algunas obras, como: *“De camino a Japón”* o *“En Japón”*. En su primer viaje quedó muy impresionado por el arte japonés, su estética y belleza. El sentir del pueblo y el valor que éste otorgaba a sus tradiciones hizo que el escritor ensalzara su cultura, su genio y su creatividad por encima de la expansión económica que, como vehículo fundamental de la política, ya se atisbaba en los países occidentales.

Más tarde, frente al nacionalismo japonés, Tagore se mostraría crítico, alejando su discurso de aquellas primeras impresiones y recluyéndose con más vehemencia en las ideas de comunicación y apertura, comunión y fraternidad que se transmitían en *Santiniketan*.

Durante sus estancias en Japón, Tagore visitaría varias veces el Kodokan Judô Center: el cuartel general del Judô situado en Tokyo.

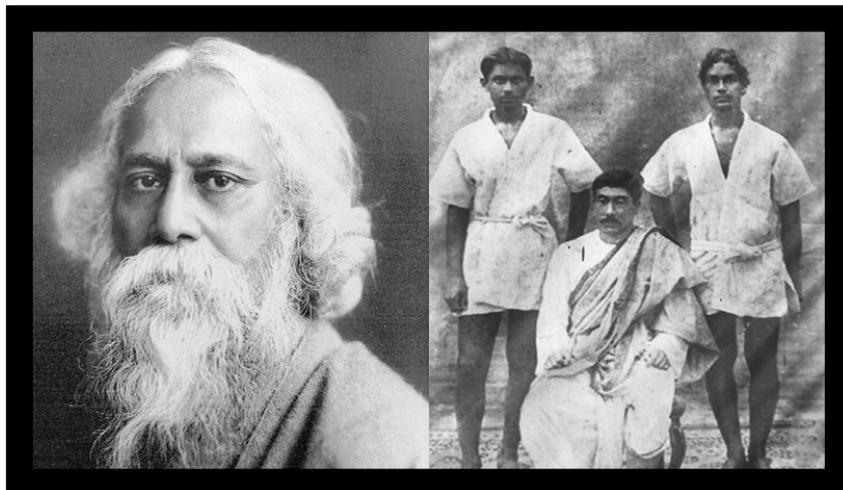
Su interés por acercarse al Judô provenía de la atracción que sentía por la cultura de Japón. Mantuvo relación con Jigoro Kano, el fundador del Judô, e invitó a un profesor de este Arte Marcial a enseñar en Calcutta, convirtiéndose con ello en el

introducción de las Artes Marciales de Japón en India. Y fue así como Jinnosuke Sano Sensei visitaría a Rabindranath Tagore en Calcutta en 1905, siendo el primer maestro de Judô que enseñara en aquel país. Esta invitación se gestó gracias a otro gran escritor, amigo personal de Tagore: el gran Okakura Kakuzo.



Tagore en Japón. Año 1916.

Mucho más tarde, en 1929, Tagore invitaría a otro maestro del Kodokan Judô Institute de Tokyô. En aquella ocasión sería Shinzo Takagaki Sensei quien llegaría a Calcutta y enseñaría dos años en Santiniketan. Shinzo Takagaki (1893/1977) escribiría durante su estancia en Calcutta uno de sus libros más emblemáticos: *Techniques of Judô*.



Tagore y sus hijos con Takagaki Sensei

Debido a problemas de financiación, a la equivocada utilización de las Artes Marciales –la inclusión en sus filas de miembros de los colectivos revolucionarios

que pregonaban por la independencia de India- y a la adopción de los métodos occidentales de entrenamiento físico, el Sensei Shinzo Takagi abandonaría India y se dirigiría a otros países limítrofes –Bangladesh, Afganistán, Nepal- donde introduciría el arte del Judô antes de regresar definitivamente a Japón, donde llegaría a alcanzar el grado de 9º dan.

Este episodio no fue sino uno más en la biografía de Rabindranath Tagore quien apostaba por una enseñanza pacífica –también en la práctica pacífica de las Artes Marciales- por la simbiosis de las culturas, por la cooperación, el entendimiento y el pacto.

Desgraciadamente para él, otros altos exponentes del mundo cultural y político del momento –Vivekananda o Aurobindo, por ejemplo- no estaban en la misma sintonía, y ya en la década de los años diez aleccionaban al pueblo en la dirección contraria. Con todo ello, Tagore, el pensador, escritor, poeta y filósofo iría concentrando más y más en su proyecto de Santiniketan, convirtiéndose aquella escuela en el punto neurálgico de sus esfuerzos.



Universidad de Santiniketan en la actualidad

Pasados los años Santiniketan ha llegado a convertirse en una de las mejores universidades de la India, un centro de relieve internacional donde han estudiado destacados exponentes de la cultura y de la política de aquel país. Esta universidad se conoce en nuestros días como: Visva Bharati.

Kenshinkan dôjô 2017